https://doi.org/10.51433/fenix-bnp.2026.n54.e006



# *Epistolario. José Toribio Medina. Estudio introductorio, transcripción y notas de Macarena Ríos Llaneza.* Santiago de Chile: Biblioteca Nacional de Chile, Subsecretaría del Patrimonio Cultural, Universidad Católica de Chile y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2024, 1175, p., il.

En el mundo de las letras hispanoamericanas, José Toribio Medina destaca por la relevancia y amplitud de su obra. Medina fue literato, historiador, bibliógrafo, traductor, abogado, diplomático, auditor del Estado, entomólogo, autoridad municipal y profesor. Su saber era enciclopédico y su capacidad de trabajo inagotable. Como no podía ser de otra manera, Medina gozó en vida y después de ella, de enorme reputación dentro y fuera de las fronteras de Chile. Pero, a veces, la fama tiene un precio: hace olvidar a los estudiosos del pasado que los académicos fueron seres de carne y hueso, y, como tales, estuvieron sujetos a mil contingencias personales, sociales, políticas, económicas e institucionales. ¿Cómo eran en la vida diaria esos hombres de letras que suelen aparecer adustos y formales en grabados y fotografías? ¿Cómo recuperar su cariz humano? Esto es posible de realizar, principalmente a partir de los epistolarios personales.

La joven y talentosa investigadora Macarena Ríos Llaneza ha reunido y transcrito en un volumen, poco más de setecientas cartas de Medina, escritas entre 1866 y 1930. El epistolario va precedido de un enjundioso estudio de Ríos Llaneza, que explica su valor como fuente para el conocimiento de la trayectoria personal del intelectual chileno. Informa acerca de la elaboración de sus obras, el origen de su interés por la historia colonial, el afán coleccionista que cultivó por años, la visión que tenía sobre el rol social del historiador, las redes personales y profesionales que consolidó, los sinsabores editoriales y las dificultades económicas de su día a día. Las cartas proceden de la Biblioteca Nacional de Chile, el Archivo Histórico Nacional de Chile, la Biblioteca Nacional de España, el Archivo General de Indias, el Museo Mitre y diversas publicaciones y colecciones particulares. Dada la brevedad de esta nota, resulta imposible explicar toda la riqueza de este corpus documental; por ello, esta nota se centrará en dos hitos clave: su estancia en Lima entre 1875 y 1876, y su interés por la bibliografía colonial limeña.

Medina fue miembro del servicio diplomático chileno acreditado en Lima. En las cartas a su padre, escritas desde esa ciudad, informa del estado político y social de esta última, así como de sus actividades consulares



e-ISSN: 2709-5649

https://doi.org/10.51433/fenix-bnp.2026.n54.e006



y pasatiempos. En 1875, Manuel Pardo gobernaba el país y la situación económica distaba mucho de ser próspera: la crisis fiscal generaba malestar y era el caldo de cultivo de conspiraciones: «los empleados hace siete meses que no reciben sueldo a no ser bonos que necesitan vender en un fuerte descuento. A cada momento se habla de revoluciones que estallan, batallones que salen, pues todo está menos que si estuviera cayendo agua, con que no se ve. Por eso, está todo triste, ni el dos de mayo, la gran gloria de este pobre pueblo, se ha celebrado» (p. 110). Refiere que, con ocasión del aniversario del ascenso al poder de Pardo, se organizó el saludo de algunos oficiales del ejército, pero sucedió que algunos se excusaron de hacerlo porque «no tenían zapatos ni podían comprar guantes». Y comenta en tono irónico: «Este dará la medida de la abundancia en que flotamos en esta orgullosa ciudad» (p. 138).

Percibe un ánimo de abatimiento en la sociedad: «Puedo asegurarle que, al ver el Palacio de la Exposición, sus preciosos parques y tanta cosa hermosa que la naturaleza ha prodigado a este suelo, un sentimiento de dolor al verlo en tan malas manos y otro de lástima al notar esta gente tan pusilánime, me han dominado. No se ve por la calle un estudiante, es difícil tal vez encontrar alguna notabilidad y, en general, la indolencia se ha apoderado aquí de todo. Los preciosos y magníficos templos de la colonia se arruinan poco a poco, las bibliotecas yacen en un estado de horrible confusión y todo es a intención de mando y odiosidades» (p. 110). El puerto de El Callao no mereció ser descrito en sus cartas, porque «cuán abajo se encuentra para mí de lo que los peruanos lo ponderan» (p. 121). Peor aún, a pesar de la crisis económica, la corrupción campea por todas partes: los jueces son venales y «en público, en plena cámara se les ha dicho que son unos miserables bandidos» (p. 119) y menos respeto le merecen los parlamentarios, quienes sesionan en «una casa miserable» que fue el local de la Inquisición (p. 125).

No todo, sin embargo, es negativo. Opina que «la ciudad es mucho mejor de lo que yo me figuraba: sus tiendas de primer orden, un gran tráfico de gente y un alumbrado bastante bueno la hacen semejarse mucho más a Valparaíso que a nuestra capital» (p. 106). De modo similar que otros extranjeros, se siente atraído por la arquitectura de sus antiguos edificios y las mujeres. Confiesa que «lo que más llama [...] la atención son los templos por la singularidad de su arquitectura, las damas todas tapadas y en general muy simpáticas» (p. 106). No dejó de atender al vestir de los hombres: «la gente anda aquí de cualquier modo y si algo falta sobre todo en los hombres, es sobre todo la elegancia; así que poco hay que gastar en este orden» (p. 109).

En sus cartas se revela como un atento observador del acontecer


e-ISSN: 2709-5649

https://doi.org/10.51433/fenix-bnp.2026.n54.e006



social. Dadas las particulares del clima limeño en el mes de enero, no extraña que se ocupara del cielo, casi permanente cubierto de nubes grises. En enero de 1875 escribió que «los calores apenas si se sienten en Lima uno que otro día por la mañana. En la tarde hay una calma muy fresca, y hoy por la mañana está nublado» (p. 101). Las añoranzas de la vida familiar, que ha dejado atrás, afloran una y otra vez en las misivas. Al igual que en Chile, la estación estival propicia el traslado de las familias al litoral en busca de la refrescante brisa marina: «por aquí también se preparan las maletas para emigrar a Chorrillos, varias tertulias semanales han suspendido sus sesiones y muy pronto todo el mundo estará bañándose. S. E. el presidente de la República se ausenta esta semana» (p. 102).

En Lima, Medina acudía a la Biblioteca Nacional para obtener, entre otras cosas, «copias» de textos con cargo al gobierno chileno (p. 102). Sus frecuentes visitas a esa institución lo llevaron a considerar que allí era el «amo» (p. 151). Los archivos heredados de la época colonial también atrajeron su atención: «Estos días he andado rastreando con muy buen éxito el archivo de la antigua Universidad, y hoy voy a emprender igual tarea respecto del de la antigua Real Audiencia, que existe en el archivo de la Suprema» (p. 170).

Es probable que fuera en Lima donde se despertó la vocación de Medina por el coleccionismo: «En lo único que empleo o emplearé el dinero será en juntar antigüedades y libros antiguos que hay aquí en gran abundancia y baratos y que más tarde siempre tendré oportunidad de vender a los establecimientos de mi país, sirviéndolo en esto al mismo tiempo» (p. 109). Ocupaba su tiempo en visitar librerías y buscar documentos en pos de «algo que pueda servir para el estudio de nuestra historia o de algo bueno que adquirir; pero por desgracia el estúpido descuido en que yace todo impide encontrar algo que valga la pena. Sin embargo, objetos, restos de la antigua civilización de los incas, extraídos de arruinados sepulcros, es muy fácil adquirir» (p. 113). Dado lo fácil que resultaba exportar materiales prehispánicos, Medina se puso en contacto con el naturalista Rodulfo Philippi y el historiador Diego Barros Arana, ambos docentes en la Universidad de Chile, para ofrecerles «esta oportunidad que le ofrezco de servirla» (p. 113).

Además de encontrar libros y antigüedades prehispánicas, Medina en Lima tuvo la oportunidad de relacionarse con el mundo académico. Expuso en una academia literaria los avances de sus estudios sobre Pedro de Oña, «que fue el primer versificador chileno, y que estudió además en esta Universidad de San Marcos: así justificaré mi elección que vendrá bien teniendo lugar en el Perú» (p. 124). Y, a instancias de Ricardo Palma, empezó a publicar en *El Correo del Perú* algunos ensayos sobre escritores chilenos del periodo colonial.



e-ISSN: 2709-5649

https://doi.org/10.51433/fenix-bnp.2026.n54.e006



Después de residir en Lima, Medina emprendió viaje a los Estados Unidos de Norteamérica y Europa. Diversas estancias de investigación en archivos y bibliotecas y el contacto con eruditos, bibliófilos, historiadores y archiveros hicieron que Medina afirmara su convicción acerca del valor de las fuentes manuscritas e impresas como esenciales insumos para el estudio de la historia americana, en general, y chilena, en particular. En noviembre de 1902, volvió a Lima, pero tan solo por unas pocas semanas. A su amigo Domingo Amunátegui Solar le expresó que había fijado su domicilio en Chorrillos: «Yo me vengo a Lima en el tren de las ocho de la mañana, almuerzo en el hotel y después de trabajar todo el día en la biblioteca, me regreso a las 6 a comer y dormir en Chorrillos». Agrega que «creo que aún tendré que permanecer aquí un mes más, porque aún me queda mucho por hacer» (p. 754). Desde Lima, prosiguió viaje a Panamá, llevando en su equipaje adquisiciones bibliográficas, fichas, apuntes y nuevos y ambiciosos proyectos editoriales.

A fines del siglo XIX y principios del XX, estaba en boga la publicación de tipobibliografías, es decir, repertorios de la producción impresa de los principales centros editoriales del Viejo Continente. Es muy probable que el conocimiento de estos textos inspirara a Medina a emprender un proyecto similar para el periodo en que América formó parte del Imperio español. Así, en 1892 publicó *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Plata*, a la que siguieron obras homólogas sobre Arequipa, Bogotá, Caracas y Cartagena de Indias, entre otras; mientras que *La imprenta en Lima (1584-1824)* vio la luz entre 1904 y 1907.

Si bien su interés por la tipografía limeña se remontaba a su estancia diplomática en la capital peruana, su investigación en archivos europeos le permitió enriquecer los registros con información documental inédita sobre los autores y sus obras. Para este colosal trabajo, Medina contó con el apoyo de Carlos A. Romero, conservador de la Biblioteca Nacional del Perú. Aunque en su correspondencia el erudito chileno se quejaba de la ineficiencia de Romero, este le proporcionó datos valiosos, a pesar de que —quizás por celo nacionalista— recolectaba cierta información para Medina y reservaba otra para sus propias investigaciones. Décadas más tarde, en la segunda mitad del siglo XX, varios estudiosos peruanos intentaron emular *La imprenta en Lima*. Entre ellos destacó el jesuita Rubén Vargas Ugarte, autor de *Impresos peruanos* (cinco volúmenes), quien en reiteradas ocasiones expuso las lagunas y errores de la monumental obra de Medina.

El trabajo de compilación de Macarena Ríos Llaneza es encomiable, aunque habría sido

https://doi.org/10.51433/fenix-bnp.2026.n54.e006



conveniente incorporar notas a pie de página que documentaran, por ejemplo, los nombres de ciertos personajes, lugares e instituciones citados. Asimismo, se echan de menos las referencias cruzadas entre las cartas, un recurso necesario para su mejor comprensión. A pesar de estas omisiones, el epistolario restituye la figura de Medina con sus luces y sombras, permitiendo entender el quehacer de un intelectual que vivió a caballo entre dos siglos. Por este motivo, y por mucho más, no queda sino agradecer a la editora por su labor.

Pedro Guibovich-Pérez
Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú
Contacto: pguibovich@pucp.edu.pe
https://orcid.org/0000-0003-0681-5908

Artículo disponible en acceso abierto bajo la Licencia CC Atribución- NoComercial - SinDerivadas.